



Guía práctica para vivir con un gato

Michipedia · 21 apartados

La raza orienta, pero no determina. Estos 21 apartados valen para cualquier gato que entre por tu puerta, sea de raza o común europeo. Cada uno está desarrollado con lo que de verdad hace falta saber antes de decidirse y durante toda su vida.

1. Es un compromiso de 15 a 20 años

Un gato de interior bien cuidado vive hoy de 14 a 18 años, y muchos pasan de los veinte. Piensa en tu vida dentro de quince años, no en la de mañana.

La cifra real. La esperanza de vida de un gato que vive dentro de casa, esterilizado y con revisiones, ronda los 14 a 16 años de media, y no es raro que llegue a los 18 o a los 20. Los que salen a la calle sin control viven bastante menos por atropellos, peleas e infecciones. Dicho de otra forma: si adoptas un gatito con 25 años, lo normal es que siga contigo con 40, después de varias mudanzas, quizá de una pareja nueva y de hijos. Es más tiempo del que dura la mayoría de los contratos de alquiler, de los trabajos y de muchas relaciones, y conviene mirarlo así antes de decir que sí.

Que sea independiente no significa que se cuide solo. La fama de animal autosuficiente es el origen de muchos problemas. Un gato no necesita paseos, pero necesita que le limpies el arenero todos los días, que juegues con él a diario, que alguien vea si come, bebe y orina con normalidad y que se le lleve al veterinario cuando algo cambia, porque disimula el malestar mucho mejor que un perro. Los gatos aburridos y solos muchas horas no se quejan con ladridos: engordan, se arrancan el pelo, marcan con orina o rompen cosas. Elegir gato porque «da menos trabajo» es la manera más segura de acabar con un gato con problemas.

Vacaciones, viajes y ausencias. La Ley 7/2023 prohíbe dejar a cualquier animal de compañía sin supervisión más de tres días seguidos, y la mayoría de los gatos lo pasan mal mucho antes. La opción que mejor llevan es quedarse en su casa con alguien que vaya una o dos veces al día: un vecino de confianza o un cuidador a domicilio, que en España suele cobrar entre 12 y 25 € por visita. Las residencias felinas rondan los 12 a 25 € por día. Dos semanas de vacaciones al año son, por tanto, entre 200 y 500 € que hay que meter en el presupuesto desde el principio, no improvisar en julio.

La última etapa, que es larga. Un gato se considera mayor a partir de los diez años, así que la vejez puede ocupar un tercio de su vida. Es la etapa de la enfermedad renal crónica, el hipertiroidismo, la artrosis que casi nunca se ve como cojera, la diabetes y los dientes. Hay revisiones cada seis meses, analíticas, a veces medicación diaria o una dieta especial durante años. Es la parte que nadie imagina cuando se lleva a casa un gatito de dos meses, y la que más abandonos provoca entre los gatos mayores que llegan a las

protectoras. Hay que contar con ella desde el primer día.

Quién se ocupa, en concreto. En casa suele haber una persona que quiere el gato y varias que dicen que ayudarán. Repartido en voz alta antes de que llegue: quién limpia el arenero cada día, quién juega con él por la tarde, quién lo lleva al veterinario en horario laboral, quién paga el pienso y quién se queda con él si la pareja se separa o alguien se va a vivir fuera. Si hay una embarazada en casa, alguien más tendrá que encargarse del arenero durante unos meses. Parece exagerado, pero es justo lo que evita que todo acabe recayendo en una sola persona y el gato en una protectora.

En resumen: Antes de adoptar, piensa dónde vas a vivir y con quién dentro de quince años. Si no lo ves claro, empieza por una casa de acogida: das techo unas semanas a un gato de protectora y la asociación cubre los gastos.

2. Lo que cuesta de verdad un gato

Comida, arena, vacunas, desparasitación, esterilización y algún imprevisto. Un gato adulto sano de interior cuesta en España entre 600 y 1.200 € al año.

El primer año siempre es el más caro. Al gasto corriente se suma la primovacunación y la prueba de leucemia e inmunodeficiencia felina (entre 80 y 150 € en total), el microchip y el alta en el registro autonómico (30 a 50 €), la esterilización, que la ley exige antes de los seis meses (de 60 a 150 € en un macho y de 120 a 300 € en una hembra, según la clínica y la ciudad) y el equipo inicial: transportín rígido, rascador estable, arenero, comederos, fuente y juguetes, que rara vez baja de 150 a 250 €. Si el gato viene de protectora, la cuota de adopción, de 50 a 150 €, suele incluir chip, vacunas, test y esterilización, y sale mucho más barata.

El gasto de todos los meses. Un gato de cuatro kilos come unos 50 a 60 gramos de pienso seco al día. Con un pienso de gama media o alta, eso son entre 15 y 30 € al mes, y entre 30 y 60 € si combinas con comida húmeda, que es lo recomendable para que beba más. La arena aglomerante va de 8 a 20 € al mes según el tipo y el número de areneros. Suma la desparasitación interna y externa (de 40 a 120 € al año según el riesgo), la revisión anual con su vacuna (de 60 a 120 €) y la renovación de juguetes y del rascador. En conjunto, para un adulto sano, de 50 a 100 € al mes.

Lo que no está en el presupuesto. Una obstrucción urinaria en un macho, que es una urgencia, cuesta entre 600 y 2.000 € con sondaje y hospitalización. Una limpieza dental con anestesia y extracciones, de 200 a 600 €. Una caída desde un balcón con fracturas, más de 1.000 € con facilidad. Y en la vejez llegan los tratamientos crónicos: una enfermedad renal o un hipertiroidismo son entre 40 y 150 € al mes durante años, con analíticas periódicas. Ninguno de estos gastos es raro: a lo largo de quince años, la mayoría de los gatos pasa por alguno.

Seguro o hucha. Un seguro de salud para gato cuesta en España entre 8 y 25 € al mes según la edad y las coberturas, y la responsabilidad civil, que la ley no exige para gatos, apenas añade nada. Antes de contratar, lee qué excluye: casi todas dejan fuera lo preexistente, muchas ponen carencias de meses y

algunas suben mucho la prima a partir de los ocho o diez años, justo cuando más se usa. La alternativa es apartar 25 o 30 € al mes en una cuenta solo para el gato: en dos años cubres una urgencia media sin depender de la letra pequeña.

Dónde se puede ahorrar y dónde no. Se ahorra comprando el pienso en sacos grandes de la misma gama, aprendiendo a cortarle las uñas y a cepillarlo en casa, haciendo juguetes con cajas y cartón y adoptando en vez de comprar. No se ahorra con un pienso de supermercado de baja calidad, saltándose la revisión anual, usando antiparasitarios de perro (algunos contienen permetrina, que es muy tóxica para los gatos) ni esperando a ver si se le pasa cuando deja de comer o no orina: en un gato, esa espera es lo que convierte una consulta de 50 € en una hospitalización de 1.000.

En resumen: Cuenta con 600 a 1.200 € al año para un adulto sano, bastante más el primer año, y reserva una hucha para urgencias. La calculadora de Michipedia te hace las cuentas con tus precios.

3. De dónde viene tu gato importa

Protectora, colonia, particular o criador registrado. Cada opción tiene sus señales de alarma, y la ley ya prohíbe vender gatos en tiendas.

Adoptar: la opción con más gatos esperando. Las protectoras y las asociaciones que gestionan colonias tienen gatos de todas las edades durante todo el año, y en primavera y verano, en plena temporada de partos, se ven desbordadas de gatitos. Un gato adoptado sale normalmente vacunado, desparasitado, con microchip, con el test de leucemia e inmunodeficiencia hecho y esterilizado o con compromiso de hacerlo. Además, en una casa de acogida ya saben si convive con otros gatos, con perros o con niños, si usa bien el arenero y si es tímido o sociable. Esa información vale mucho más que cualquier ficha de raza.

Un criador serio, si quieres una raza. Desde la Ley 7/2023, los gatos solo pueden venderse por criadores inscritos en el registro, y la venta en tiendas de animales está prohibida. Un buen criador trabaja con una o dos razas, te deja ver a la madre y el sitio donde viven los gatitos, que es su casa y no una nave, y te enseña sin que lo pidas las pruebas de los padres: el test genético de poliquistosis renal en persas y exóticos, la ecografía de corazón en razas con cardiomiopatía como el Maine Coon o el Ragdoll, y el grupo sanguíneo donde importa. Entrega los gatitos con 12 o 13 semanas, con contrato, cartilla o pasaporte y pedigrí de una asociación felina reconocida.

Las señales de una camada de fábrica. Desconfía si te ofrecen gatitos de varias razas a la vez, si no puedes ver a la madre o te proponen quedar en una gasolinera o un aparcamiento, si el gatito tiene menos de ocho semanas, si el precio es muy bajo para la raza o si los «papeles» llegarán más tarde. Ojos llorosos, estornudos, barriga hinchada o diarrea son típicos de camadas criadas en malas condiciones. Las plataformas de segunda mano están llenas de anuncios así. Que te dé pena el gatito es comprensible, pero comprarlo financia la siguiente camada.

El gatito que aparece en la calle. Muchos gatos llegan a casa sin buscarlos: un gatito maullando debajo de un coche o en un portal. Antes de cogerlo, mira si la madre está cerca; a veces solo ha salido a comer y

vuelve. Si está solo, débil o en peligro, llévalo a un veterinario para que lo revise, compruebe si tiene microchip y te diga qué edad tiene, porque uno de menos de cuatro semanas necesita biberón con leche para gatitos cada pocas horas, nunca leche de vaca. Avisa también a la protectora o a la gestora de colonias de la zona: pueden ayudarte o saber de quién es.

Los papeles que te tienen que dar. Vengas de donde vengas, el gato debe salir con su cartilla sanitaria o pasaporte europeo, las vacunas y desparasitaciones firmadas por un veterinario colegiado y el microchip implantado y registrado a tu nombre en el registro de tu comunidad. Si es de criador, pide además el contrato por escrito con los datos del criador y su número de registro, y el pedigrí. Si es de protectora, el contrato de adopción con el compromiso de esterilización si aún no está hecha. Si falta algo o te dicen que te lo mandan luego, no te lo lles.

En resumen: Adoptar es la opción con más gatos esperando y la que más información te da sobre su carácter. Si buscas una raza concreta, solo a un criador registrado que te enseñe a la madre y las pruebas de salud de los padres.

4. ¿Gatito o gato adulto?

Un gatito es adorable y agotador; un adulto llega con el carácter hecho. Para mucha gente, sobre todo primerizos, el adulto es la mejor elección.

Lo que supone un gatito. Un gatito de dos o tres meses es un torbellino: trepa por las cortinas, muerde manos y pies, corre a las cuatro de la mañana y lo investiga todo con la boca, incluidos cables, hilos y plantas. Necesita varias comidas al día, vacunas, desparasitaciones, esterilización y mucha vigilancia en una casa que hay que preparar a conciencia. A cambio, te lo quedas en la etapa más divertida. Pero su carácter adulto todavía no se conoce del todo: un gatito muy cariñoso puede convertirse en un adulto independiente, y al revés.

Por qué dos gatitos mejor que uno. Muchas protectoras recomiendan adoptar los gatitos de dos en dos, y tiene sentido. Juegan entre ellos, se cansan entre ellos y aprenden a regular el mordisco con un igual en vez de con tus tobillos. Un gatito solo, en una casa donde todo el mundo trabaja, se aburre mucho y tiende a jugar de forma más bruta con las personas. Si quieres dos gatos, es más fácil que se lleven bien si llegan juntos de pequeños, y mejor si son hermanos, que presentar a un adulto con otro gato años después. El gasto aumenta, pero no se duplica.

Lo que tiene un adulto a favor. Con un gato de dos, cinco o diez años sabes lo que te llevas: si es tranquilo o activo, si busca el regazo o prefiere estar cerca sin que lo toquen, si maúlla mucho, si se lleva con otros gatos, perros o niños y si usa bien el arenero. Suele llegar ya esterilizado, vacunado y con las pruebas hechas. En las protectoras españolas los adultos esperan mucho más que los gatitos, y los gatos negros y los mayores, todavía más. Para un primer gato en un piso, un adulto tranquilo y sociable es casi siempre la opción más fácil.

La edad de separación, que no se negocia. Un gatito no debería separarse de su madre y sus hermanos

antes de las ocho semanas, y lo ideal es esperar a las doce, que es lo que hacen los criadores serios. En esas semanas aprende a usar el arenero, a controlar el mordisco y las uñas y a relacionarse con otros gatos. El periodo sensible de socialización del gato es temprano, más o menos entre las dos y las siete u ocho semanas: lo que conozca en ese tiempo, incluidas las personas que lo cogen con cariño, marca cómo será de adulto. Por eso importa tanto quién lo ha criado y cómo.

Cómo conocer a un adulto antes de decidir. En la protectora un gato puede parecer huraño simplemente porque está asustado en una jaula. Pregunta a la casa de acogida o a los voluntarios cómo es en un ambiente tranquilo, qué le gusta, si se deja coger y tocar, cómo lleva el transportín y las visitas, si ha vivido con otros animales y por qué está allí. Ve más de una vez si puedes. Y ten paciencia en casa: un adulto tímido puede tardar semanas en salir de debajo de la cama y acabar siendo el gato más pegajoso del barrio.

En resumen: Si tienes tiempo, paciencia y una casa preparada, un gatito, y mejor dos. Si es tu primer gato o pasas muchas horas fuera, un adulto tranquilo cuyo carácter ya conoce la protectora suele ser la apuesta más segura.

5. Los primeros días en casa

Un cuarto tranquilo, el mismo pienso que comía y nada de prisas. Los primeros días deciden cuánto tarda en sentirse en casa.

Prepara la casa antes de que llegue. Revisa ventanas y balcones, que son la primera causa de accidentes graves, y pon redes o mosquiteras resistentes antes de abrir nada. Recoge hilos, gomas, cintas y cables mordisqueables, guarda los medicamentos (el paracetamol y el ibuprofeno son muy tóxicos para los gatos) y quita de casa los lirios y otras plantas peligrosas: con los lirios basta morder una hoja o beber el agua del jarrón para dañar el riñón. Cierra los huecos detrás de muebles y electrodomésticos donde podría esconderse y no salir, y vigila lavadora y lavavajillas antes de ponerlos en marcha.

Un cuarto base para empezar. Los gatos son territoriales y una casa entera nueva les abruma. Lo mejor es empezar con una habitación tranquila con todo lo necesario: arenero en un rincón, agua y comida lejos de él, un rascador, una cama y, sobre todo, un escondite, que puede ser una caja de cartón de lado o el propio transportín abierto. Deja que salga del transportín cuando quiera, sin sacarlo a la fuerza. Pasa ratos con él sentado en el suelo, hablando bajo, sin perseguirlo. Cuando coma, use el arenero y se acerque con curiosidad, abre la puerta y deja que explore el resto de la casa a su ritmo.

Lo que comía y lo que hacía. Pregunta a la protectora o al criador qué pienso y qué arena usaba, y repite lo mismo al menos las dos primeras semanas: el estrés del cambio ya revuelve bastante el estómago. Si quieres cambiar de comida, hazlo después y de forma gradual. Es normal que el primer día coma poco, pero un gato que pasa más de 24 o 48 horas sin comer necesita veterinario, porque el ayuno prolongado puede dañarle el hígado, sobre todo si tiene sobrepeso. Fíjate también en que orine: un macho que entra al arenero, empuja y no sale nada es una urgencia.

La primera visita al veterinario. En la primera semana, aunque venga sano. Lleva la cartilla o el pasaporte y el número de microchip. En la consulta se revisan el peso, los ojos, los oídos (los ácaros son muy frecuentes en gatitos), la boca, el corazón y el pelo, se cierra el calendario de vacunas y desparasitación, se hace el test de leucemia e inmunodeficiencia si no está hecho y se cambia el chip a tu nombre si hace falta. Acostúmbalo antes al transportín dejándolo abierto en casa con una manta suya: la visita será mucho más fácil, hoy y durante quince años.

Si ya hay otro animal en casa. El gato nuevo se queda en su cuarto y los demás no lo ven al principio. Primero se intercambian olores: una manta de uno en la cama del otro, acariciar a uno con un calcetín y dejárselo al otro. Después se dan de comer a cada lado de la puerta cerrada, luego con la puerta entreabierta o una barrera de malla y, por último, en ratos cortos y vigilados. Con otro gato el proceso puede llevar de una a varias semanas, y con un perro, más. Ir despacio no es perder el tiempo: una mala primera pelea puede costar meses de convivencia tensa.

En resumen: Casa revisada antes de que llegue, un cuarto base con escondite, el mismo pienso y la misma arena, y veterinario en la primera semana. Si deja de comer, no orina o se pasa días escondido sin salir, consulta.

6. El arenero: dónde, cuántos y cómo

Hacer pis fuera es el problema de convivencia más frecuente y casi siempre tiene que ver con el arenero o con la salud. Montarlo bien desde el principio lo evita.

Cuántos y de qué tamaño. La regla que usan los veterinarios especialistas en comportamiento es sencilla: un arenero por gato y uno más, repartidos por la casa y no todos juntos en la misma habitación. Con un gato, dos areneros es lo ideal. El tamaño importa más de lo que parece: un arenero debería medir al menos vez y media lo que mide el gato desde la nariz hasta el arranque de la cola, y la mayoría de los que se venden son demasiado pequeños. Una caja de almacenaje grande de plástico, con una entrada recortada, funciona muy bien y cuesta poco.

Dónde ponerlo. En un sitio tranquilo, al que el gato llegue sin pasar por delante del perro o de otro gato que lo intimide, y lejos de la comida y del agua: a ningún gato le gusta comer al lado de su baño. Evita el lado de la lavadora, la caldera o una puerta que da portazos: un susto mientras lo usa puede bastar para que lo evite. Si la casa tiene dos plantas, un arenero en cada una. Y no lo cambies de sitio sin motivo: si hay que moverlo, pon el nuevo antes de quitar el viejo y deja unos días los dos.

Qué arena y cuánta. La mayoría de los gatos prefiere una arena fina, aglomerante y sin perfume, parecida a la tierra suelta. Los olores a lavanda o a talco que agradan a las personas suelen molestarles. Pon una capa de unos cinco a siete centímetros, suficiente para que escarben y tapen. Si quieres probar otra arena, de sílice, vegetal o de pellets, ponla en un segundo arenero y deja que el gato elija; no la cambies de golpe en el único que tiene. Los areneros cerrados y con tapa guardan el olor dentro y algunos gatos los rechazan; muchos prefieren los abiertos.

Limpieza, todos los días. Retira las heces y los terrones de orina una o dos veces al día. Una vez cada una o dos semanas, según la arena, vacía el arenero, lávalo con agua caliente y un jabón neutro y rellénalo. Evita la lejía y los desinfectantes con olor fuerte. La limpieza diaria tiene además una ventaja sanitaria: los huevos del parásito de la toxoplasmosis que puede eliminar un gato infectado tardan de uno a cinco días en volverse infecciosos, así que un arenero limpio cada día reduce mucho el riesgo. Las embarazadas deberían delegar esta tarea o hacerla con guantes y lavarse bien las manos.

Cuando hace pis fuera. Lo primero es descartar un problema médico, porque es la causa más frecuente: cistitis, cristales o cálculos, diabetes, enfermedad renal o dolor de artrosis que le impide entrar en un arenero alto. Un gato macho que entra y sale del arenero, empuja y no orina, o lo hace a gotas, puede tener la uretra obstruida, y eso es una urgencia de horas, no de días. Descartada la salud, revisa el número, el tamaño, la ubicación, la arena y la limpieza, y piensa en cambios recientes en casa. Nunca le castigues ni le restriegues el hocico: solo consigues que tenga miedo y lo haga escondido.

En resumen: Un arenero por gato y uno más, grandes, abiertos, en sitios tranquilos y limpios a diario, con arena fina sin perfume. Si hace pis fuera, primero veterinario; si es macho y no le sale la orina, urgencias.

7. Rascar, marcar y su territorio

Rascar no es un vicio ni una venganza: es como marca, cuida sus uñas y se estira. Lo que se elige es dónde rasca, no si rasca.

Por qué rasca. Rascar cumple varias funciones a la vez. Desprende la capa vieja de las uñas, estira la espalda y las patas delanteras y, sobre todo, deja una marca visual y de olor, porque en las almohadillas tiene glándulas que impregnan la superficie. Por eso rasca justo al despertarse, en las zonas de paso, en la entrada de casa y en los muebles que huelen a ti, como el sofá. No lo hace para fastidiar ni se le quita con castigos. Lo que sí se puede conseguir es que prefiera rasca en un sitio que tú le pongas.

Un buen rascador. El fallo más común es comprar un rascador pequeño y que se mueve. Tiene que ser estable, que no se tambalee cuando el gato se cuelga de él, y lo bastante alto para que se estire del todo, lo que en un adulto son al menos 70 u 80 centímetros. El sisal suele gustar mucho; el cartón corrugado, para rasca en horizontal, también. Lo mejor es tener varios: uno vertical alto junto al sofá o donde ya rasca, otro horizontal, y uno cerca de donde duerme. Los árboles con plataformas sirven además como sitio elevado para vigilar.

Cómo llevarlo al rascador. Pon el rascador delante del mueble que ataca, no en una esquina donde no pasa nadie. Haz que el mueble sea menos atractivo durante un tiempo con una manta, cinta adhesiva de doble cara o una funda lisa. Premia cada vez que rasque donde toca, con una chuchería o un juego con la caña junto al rascador. Frotar un poco de hierba gatera o usar un análogo sintético de feromonas felinas en el rascador ayuda en algunos gatos. Cuando ya lo use con costumbre, puedes moverlo poco a poco unos centímetros cada día hasta donde prefieras.

Uñas: cortarlas sí, quitarlas nunca. Cortar la punta transparente de las uñas cada pocas semanas reduce los arañazos y los enganchones; se hace con un cortaúñas para gatos, sin llegar a la zona rosada, que tiene vasos y nervios. Muchos gatos lo aceptan si se acostumbran de pequeños con premios. La desungulación, que no es quitar la uña sino amputar el último hueso de cada dedo, es una mutilación que la Ley 7/2023 prohíbe, igual que cualquier modificación corporal permanente sin indicación veterinaria. Causa dolor crónico y problemas de comportamiento, incluido dejar de usar el arenero.

El territorio y los recursos. Para un gato, su casa es su territorio, y se siente seguro cuando lo puede controlar. Ayudan mucho los sitios altos, como estanterías, repisas o un árbol junto a la ventana, y los escondites. En casas con varios gatos, los conflictos casi nunca son peleas abiertas: son un gato que bloquea un pasillo, que vigila el arenero o que desplaza a otro de la comida. Por eso los recursos importantes, comida, agua, areneros, rascadores y camas, tienen que estar repetidos y separados por la casa. El marcaje con orina en paredes y muebles es típico de machos sin castrar, pero también aparece por estrés o conflicto.

En resumen: Varios rascadores estables y altos, puestos donde ya rasca, premios cuando los usa y uñas cortadas de vez en cuando. La desungulación está prohibida y es una amputación. Sitios altos y recursos repetidos para que se sienta seguro.

8. Jugar y una casa interesante

Un gato de interior es un cazador sin nada que cazar. Diez o quince minutos de juego bien hecho, varias veces al día, evitan buena parte de los problemas.

Un cazador en un piso. El gato doméstico conserva el comportamiento de su antepasado salvaje: en libertad caza muchas presas pequeñas al día y dedica horas a acechar, perseguir y atrapar. En un piso, todo eso desaparece, y la energía y la frustración salen por otro lado: ataques a los tobillos, carreras nocturnas, maullidos, comer por aburrimiento o lamerse hasta hacerse calvas. Las directrices de la Sociedad Internacional de Medicina Felina y la Asociación Americana de Veterinarios Felinos sobre necesidades ambientales colocan el juego que imita la caza entre los cinco pilares básicos del bienestar del gato, junto a un lugar seguro, recursos separados, un trato predecible y el respeto por su olfato.

Cómo se juega bien. El mejor juguete es una caña con plumas o un ratón al final de un cordel, movido como se mueve una presa: que se esconda detrás de una silla, que se aleje, que se pare, que tiemble en el suelo. No delante de su cara, sino alejándose de él. Sesiones cortas, de cinco a quince minutos, dos o tres veces al día, y siempre con un final en el que lo atrape de verdad. Luego, si puedes, dale de comer: cazar, atrapar y comer es la secuencia completa. El puntero láser frustra si nunca hay nada que atrapar; si lo usas, acaba sobre un juguete que pueda morder. Guarda la caña al terminar: los cordeles y las cintas tragados son una urgencia.

Comida que hay que ganarse. Repartir la ración en varias tomas pequeñas a lo largo del día se parece más a como come un gato en libertad. Los comederos interactivos, las pelotas dispensadoras, las alfombras olfativas o simplemente esconder unos granos de pienso por la casa le dan algo que hacer y además hacen

que coma más despacio, algo útil en los gatos con sobrepeso o que vomitan por comer con ansia. Empieza con un nivel fácil para que no se frustre y súbelo poco a poco. Una caja de huevos o un rollo de cartón con pienso dentro sirve igual que un juguete de 20 €.

Ventanas, cajas y sitios altos. Una ventana segura con vistas a la calle, a un árbol o a un comedero de pájaros es la televisión de un gato y puede entretenerle horas. Pon una repisa o una cama en el alféizar, siempre con red de protección si la abres. Las cajas de cartón, las bolsas de papel sin asas y los túneles le encantan y no cuestan nada. Las estanterías y los árboles rascadores multiplican el espacio de un piso pequeño en vertical. Rota los juguetes: guarda la mitad y cámbialos cada semana, porque lo nuevo atrae más que lo que lleva un mes en el suelo.

Hierba gatera, plantas seguras y aprender cosas. La hierba gatera o catnip produce una euforia breve en una parte de los gatos; los que no reaccionan a ella a veces sí lo hacen a la vid plateada o a la valeriana. No crea adicción y se usa de vez en cuando. Una maceta de hierba de gato, que suele ser trigo o avena germinados, le permite mordisquear sin peligro. Y los gatos aprenden mucho más de lo que se cree: con premios y un clicker se les enseña a venir cuando se les llama, a entrar solos en el transportín, a chocar la pata o a pasear con arnés. Cinco minutos de aprendizaje cansan tanto como un rato de juego.

En resumen: Juego de caza con caña, corto y varias veces al día, acabando siempre con una captura. Comida repartida en juguetes, ventanas seguras, sitios altos y juguetes que rotan. Es lo más barato que hay para tener un gato tranquilo.

9. Interior, exterior, balcones y ventanas

En ciudad, un gato de interior vive más y mejor si su casa está pensada para él. Los balcones y las ventanas son el gran peligro que casi nadie prevé.

Lo que cuesta la calle. Un gato que sale sin control se expone a atropellos, peleas con otros gatos, mordeduras que transmiten la inmunodeficiencia felina, contagio de leucemia felina, venenos, perros sueltos y personas que no los quieren cerca. Por eso los gatos de exterior viven, de media, bastante menos que los de interior. Además, los gatos con salida libre cazan pájaros, lagartijas y pequeños mamíferos, y su impacto sobre la fauna está bien documentado. En una ciudad, con tráfico y vecinos, lo más sensato es un gato de interior; en el campo, la decisión es más matizada, pero siempre con esterilización, microchip y vacunas.

El gato paracaidista. Cada primavera y verano las clínicas españolas reciben gatos que se han caído de un balcón o una ventana. Los veterinarios lo llaman síndrome del gato paracaidista: el gato se lanza tras una paloma o una mosca, pierde el equilibrio en una barandilla o se asusta, y cae. Que caigan de pie no significa que salgan ilesos: son típicas las fracturas de mandíbula y de paladar, las lesiones de tórax y de patas. No hace falta que viva en un décimo; un primero o un segundo también hacen daño. Ningún gato, por tranquilo que sea, aprende a no caer: lo que funciona es que no pueda.

Cómo proteger balcones y ventanas. Una red o malla de protección para gatos bien tensada y anclada convierte el balcón en un sitio seguro, y las mosquiteras reforzadas valen para las ventanas que abres a

diario. Hay que cubrir todo el hueco, incluidos los laterales y el techo si el gato puede trepar. Cuidado especial con las ventanas oscilobatientes, las que se abren hacia dentro por arriba: el gato intenta salir por el hueco, se escurre y queda atrapado por el abdomen, con lesiones graves de columna y de riñón. Existen protectores laterales que tapan ese hueco; si no los tienes, no la dejes en esa posición con el gato solo.

Salir sin peligro. Hay términos medios. Un balcón o una terraza cerrados con red, un recinto exterior para gatos en el jardín o patio, o paseos con arnés y correa para los gatos que lo aceptan. El arnés se trabaja poco a poco en casa: primero dejárselo puesto unos minutos con premios, luego con la correa suelta y, solo cuando camine tranquilo, salir a un sitio sin ruido ni perros. No todos los gatos lo disfrutan y a ninguno se le obliga. Si tu gato sale al jardín, que lleve microchip registrado y, si usa collar, que sea de apertura de seguridad, que se suelta si se engancha.

Que el interior no sea una jaula. Un gato de interior necesita que su casa le dé lo que le daría el exterior: sitios altos para vigilar, ventanas con vistas, escondites, rascadores, juego de caza diario y comida que tenga que buscar. Sin eso, un piso se queda corto y aparecen el sobrepeso, el aburrimiento, la cistitis por estrés y los problemas de conducta. También necesita las vacunas y la desparasitación que le indique el veterinario: aunque no salga, los virus entran en los zapatos y las pulgas en la ropa o con otro animal. Y si un día se escapa, el microchip registrado es lo que lo devuelve a casa.

En resumen: En ciudad, gato de interior con una casa pensada para él. Red de protección en balcones y ventanas antes de abrirlas, cuidado con las oscilobatientes, y si sale, que sea a un espacio seguro, con chip y vacunas.

10. Con niños, perros y otros gatos

Un gato puede convivir muy bien con niños, perros y otros gatos, pero casi nunca a la primera. Las presentaciones lentas y una vía de escape lo deciden todo.

Gatos y niños. Muchos gatos adoran a los niños que los respetan y huyen de los que los persiguen. A un niño pequeño hay que enseñarle que el gato no es un peluche: no se le coge a la fuerza, no se le despierta, no se le tira de la cola y se le deja ir cuando se aparta. El gato necesita sitios altos y escondites a los que el niño no llegue, y el arenero y la comida fuera de su alcance. Si un gato bufa, aplana las orejas o mueve la cola con fuerza, está pidiendo distancia: si no se la dan, arañará. Con niños menores de cinco o seis años, siempre con un adulto delante.

La llegada de un bebé. Un bebé no es motivo para deshacerse del gato. La toxoplasmosis se contrae sobre todo por comer carne poco hecha o verduras mal lavadas, más que por convivir con un gato de interior, aunque durante el embarazo conviene que otra persona limpie el arenero cada día o, si no hay más remedio, hacerlo con guantes. Antes del parto, acostumbra al gato a los nuevos olores y sonidos, haz los cambios en su rutina y en sus espacios con semanas de antelación y no le prohíbas de golpe zonas que eran suyas. Cuando llegue el bebé, sigue dedicándole su rato de juego: es lo primero que se pierde.

Gato y perro en la misma casa. Conviven muy bien muchas veces, sobre todo si se conocen de jóvenes. Lo

que hay que valorar es el perro: uno con mucho instinto de caza o que ya persigue gatos en la calle es un riesgo real. Presentaciones con el perro sujeto y tranquilo, primero a distancia, premiándole por ignorar al gato y sin dejar nunca que lo persiga, ni en broma. El gato tiene que tener siempre una salida y zonas donde el perro no pueda llegar: estanterías, una habitación con una barrera o una puerta con gatera de su tamaño. Su comida, que al perro le encanta, y su arenero, también fuera de su alcance.

Un segundo gato. Los gatos no son tan solitarios como se dice, pero sus lazos se forman sobre todo con gatos que conocen desde pequeños o con los que han crecido. Presentar a dos adultos que no se conocen lleva tiempo: el recién llegado en su cuarto, intercambio de olores durante varios días, comidas a cada lado de la puerta, luego verse a través de una barrera y, al final, ratos juntos y vigilados que se van alargando. Puede llevar de una a varias semanas. Ayuda elegir un gato de edad y energía parecidas: un gatito revoltoso puede amargar la vida a un gato mayor y tranquilo.

Pájaros, roedores y peces. El gato es un cazador, por bien alimentado que esté, y un hámster, un periquito o un conejo pequeño son presas. Pueden convivir en la misma casa, pero en habitaciones o jaulas que el gato no pueda abrir ni volcar, y nunca juntos sin vigilancia. Aunque el gato no llegue a tocarlos, su presencia constante delante de la jaula estresa muchísimo a un pájaro o a un roedor. Con los acuarios, una tapa firme. Y si en algún momento ves que el gato acecha con fijación, se agazapa y mueve la grupa, no lo tomes a broma.

En resumen: Niños que respetan, sitios altos y escondites para el gato, presentaciones lentas con perros y gatos, y nunca juntos sin vigilancia con presas pequeñas. Con un bebé en camino, el gato se queda; el arenero, mejor que lo limpie otro.

11. Qué come un gato y cuánto

El gato es un carnívoro estricto: necesita proteína animal y nutrientes que no fabrica por sí mismo. Un buen alimento completo, en su justa medida, es la mitad de su salud.

Un carnívoro estricto. A diferencia del perro, el gato no puede vivir sin proteína animal. Necesita taurina, que si falta causa ceguera y problemas de corazón, vitamina A ya formada, ácido araquidónico y un nivel alto de proteína que su metabolismo usa también como fuente de energía. Por eso no se le puede dar comida de perro, ni una dieta vegetariana o vegana, ni una casera improvisada. Lo más sencillo y seguro es un alimento etiquetado como completo para gatos, seco, húmedo o ambos, y adecuado a su edad. Si quieres hacer comida casera, que la formule un veterinario nutricionista.

Seco, húmedo o los dos. El pienso seco es cómodo y económico; la comida húmeda aporta mucha agua, alrededor de tres cuartas partes de su peso, y eso ayuda a prevenir problemas urinarios en un animal que bebe poco. Muchos veterinarios recomiendan combinar las dos, o dar sobre todo húmeda en gatos con tendencia a la cistitis o a los cálculos. Lo que importa es que ambos sean completos y que sumes las calorías de los dos: el error típico es dar la ración entera de pienso más dos latas. La etiqueta indica si es completo o complementario; los complementarios, como muchas latas de atún o los premios, no sirven como dieta.

Cuánto y cuántas veces. Un gato adulto de cuatro kilos, esterilizado y de interior necesita unas 200 a 250 kilocalorías al día, lo que en pienso son unos 50 a 60 gramos, aunque depende del alimento y del gato. La tabla del envase es un punto de partida; lo que manda es su silueta y su peso. En libertad come muchas veces al día pequeñas cantidades, así que le viene mejor repartir la ración en tres, cuatro o más tomas, o en juguetes dispensadores, que dejarle un cuenco lleno a todas horas. Pesa la ración con una báscula de cocina: el vaso medidor engaña.

Lo que no debe comer. Cebolla, ajo, puerro y cebollino, crudos, cocinados o en polvo, dañan sus glóbulos rojos. El chocolate, el café, el alcohol y la masa cruda de pan son tóxicos. La leche de vaca le sienta mal a la mayoría de los adultos, que no digieren bien la lactosa; no hace falta ninguna leche pasado el destete. Los huesos cocinados se astillan y el atún en lata como base de la dieta se queda corto en nutrientes. Y ojo con las cuerdas de asado y los hilos de embutido: si un gato se traga un hilo, no tires si asoma por la boca o el ano y vete al veterinario.

Si deja de comer. En un gato, no comer es más grave que en un perro. Tras dos o tres días sin comer, sobre todo si tiene sobrepeso, puede desarrollar una lipidosis hepática, una acumulación de grasa en el hígado que necesita hospitalización. Por eso nunca se le pone a dieta dejándolo sin comer, y un gato que lleva más de un día sin probar bocado debe verlo un veterinario. Los cambios de alimento se hacen siempre poco a poco, mezclando a lo largo de una semana o más: los gatos son muy maniáticos con el olor y la textura, y un cambio brusco puede llevarle a rechazar la comida.

En resumen: Alimento completo para gatos, mejor con parte húmeda, ración pesada y repartida en varias tomas. Nada de cebolla, ajo, chocolate ni leche. Un gato que deja de comer más de un día necesita veterinario.

12. El agua: un gato bebe menos de lo que necesita

El gato descende de un animal del desierto y apenas siente sed. Que beba lo suficiente protege su riñón y su vejiga, que son sus puntos débiles.

Por qué bebe tan poco. El antepasado del gato doméstico es el gato salvaje africano, un animal de zonas secas que obtenía casi toda el agua de sus presas, que son en su mayor parte agua. Por eso el gato tiene un estímulo de sed débil y concentra mucho la orina. Con comida húmeda o presas, esto no es problema; con una dieta solo de pienso seco, que lleva en torno a un diez por ciento de agua, muchos gatos beben menos de lo que les haría falta. Las necesidades totales rondan los 50 mililitros por kilo y día, contando el agua de la comida.

Lo que pasa cuando falta agua. Una orina muy concentrada favorece la formación de cristales y cálculos y la cistitis idiopática felina, una inflamación de la vejiga muy ligada al estrés. En los machos, cristales, tapones de moco o cálculos pueden obstruir la uretra, que es estrecha, y eso es una urgencia que puede ser mortal en uno o dos días. En los gatos mayores, una hidratación pobre agrava la enfermedad renal crónica, que es muy frecuente. Beber bien no lo evita todo, pero es una de las cosas que más está en tu mano.

Cómo conseguir que beba más. Pon varios cuencos repartidos por la casa, lejos de la comida y del arenero: en la naturaleza un gato no bebe al lado de donde ha comido. Usa cuencos anchos y poco profundos de cerámica, vidrio o acero, que no huelan a plástico y en los que los bigotes no rocen los bordes, y llénalos hasta arriba. Cambia el agua todos los días. Muchos gatos prefieren el agua en movimiento, y una fuente con filtro anima a beber; límpiala con la frecuencia que indique el fabricante. Y la medida más eficaz de todas: incluir comida húmeda en la dieta.

Si de repente bebe mucho. Lo contrario también es una señal. Un gato que empieza a beber mucho más, que vacía el cuenco, que busca el grifo o que llena el arenero de terrones enormes puede tener enfermedad renal, diabetes o hipertiroidismo, tres enfermedades frecuentes a partir de la mediana edad. No esperes a que empeore: lleva al veterinario una muestra de orina si puedes y, si lo sabes, cuánto bebía antes y cuánto bebe ahora. Con un vaso medidor y un par de días anotando se tiene una idea bastante buena.

Las señales de urgencia en la orina. Un gato que entra y sale del arenero muchas veces, empuja, maúlla al orinar, deja solo unas gotas, a veces con sangre, o se lame mucho los genitales tiene un problema urinario. Si es una hembra o un macho que sí orina algo, toca veterinario ese mismo día. Si es un macho y no sale nada, es una urgencia inmediata, de día o de noche: la orina retenida acumula potasio en sangre y puede parar el corazón. Muchos dueños lo confunden con estreñimiento y pierden horas valiosas.

En resumen: Comida húmeda en la dieta, varios cuencos anchos lejos de la comida, agua fresca a diario y quizá una fuente. Si bebe mucho más de lo normal, veterinario; si es macho y no consigue orinar, urgencias.

13. Cómo crece un gatito

En un año pasa de unos 100 gramos a casi su peso adulto, y en las razas grandes sigue creciendo hasta los tres o cuatro años. Cada etapa pide algo distinto.

De recién nacido a gatito. Un gatito nace con unos 100 gramos, sordo y con los ojos cerrados, que abre hacia los diez días. Gana peso cada día y, en torno a las tres o cuatro semanas, empieza a caminar con soltura, a jugar con sus hermanos y a probar la comida sólida. El destete se completa hacia las siete u ocho semanas. En esas semanas la madre le enseña a usar la arena y a cazar, y los hermanos a controlar el mordisco. Si encuentras un gatito tan pequeño, pésalo cada día con una báscula de cocina: si no gana peso, necesita veterinario cuanto antes.

De dos a seis meses: el acelerón. Es la etapa de más crecimiento. Necesita un alimento específico para gatitos, más rico en energía, proteína y minerales, repartido en tres o cuatro tomas al día. Entre los tres y los seis meses cambia los dientes de leche por los definitivos, y es normal que muerda más y encuentres algún diente pequeño por casa. También es cuando se completan las vacunas y la desparasitación y cuando, según la ley, debe estar esterilizado, antes de los seis meses. Muchas gatas pueden tener su primer celo a partir de los cuatro o cinco meses, a veces antes.

La esterilización y el apetito. Después de esterilizar, el gasto de energía baja y el apetito sube, una

combinación que explica buena parte de los gatos con sobrepeso. No hace falta reducir la comida a la mitad, pero sí ajustar la ración y, al terminar de crecer, pasar a un alimento para gatos esterilizados o vigilar bien las cantidades. Pévalo cada mes durante el primer año y compáralo con su silueta: debería verse la cintura desde arriba y las costillas tendrían que notarse al pasar la mano, sin apretar. Ese es el momento de corregir, no cuando ya tiene dos kilos de más.

Cuándo deja de crecer. Un gato común alcanza casi su tamaño adulto hacia los doce meses, y es la edad a la que suele cambiarse a alimento de adulto. Las razas grandes van mucho más despacio: un Maine Coon, un Bosque de Noruega o un Ragdoll pueden seguir ganando peso y musculatura hasta los tres o cuatro años. En ellas conviene mantener más tiempo un alimento de crecimiento adecuado a su tamaño, según lo que aconseje el veterinario. La herramienta de Michipedia para calcular cuánto crecerá tu gatito te da una estimación a partir de su peso y su edad.

Lo que se aprende en el primer año. El periodo sensible de socialización del gato es muy temprano, más o menos entre las dos y las siete u ocho semanas, pero lo que vive hasta el año sigue contando.

Acostúmbalo con suavidad y premios a lo que tendrá que aceptar de adulto: que le toquen las patas y le corten las uñas, que le abran la boca, que le cepillen, el transportín, el coche, el ruido de la aspiradora y las visitas. Enséñale a jugar con juguetes y no con las manos: el gatito que muerde dedos tiene gracia, el adulto de cinco kilos que hace lo mismo no tanta.

En resumen: Alimento de gatito hasta el año, más tiempo en razas grandes, esterilización antes de los seis meses y ajuste de la ración después. Y aprovecha el primer año para acostumbrarle a que le toquen, al transportín y a jugar con juguetes.

14. El peso: el problema más común y el que menos se ve

Buena parte de los gatos de interior tiene sobrepeso, y la mayoría de sus dueños no lo nota. Unos cientos de gramos de más ya cuentan en un animal de cuatro kilos.

Cómo saber si está en su peso. Más que la báscula, se usa la escala de condición corporal, que va de 1 a 9; el ideal es un 5. Pasa la mano por sus costados: las costillas tienen que notarse fácilmente bajo una capa fina de grasa, sin tener que apretar. Mirado desde arriba, debería tener una cintura ligera detrás de las costillas. Muchos gatos tienen una bolsa de piel suelta en la parte baja de la barriga que se mueve al andar; es normal y no indica sobrepeso por sí sola, pero si está llena de grasa y no se notan las costillas, sí lo hay. La herramienta de peso ideal te guía paso a paso.

Por qué importa tanto. Un kilo de más en un gato de cuatro es como quince o veinte kilos en una persona. La obesidad multiplica el riesgo de diabetes, que en gatos está muy ligada al sobrepeso, empeora la artrosis, dificulta que se asee la espalda y la zona de la cola, lo que provoca problemas de piel y urinarios, y se asocia a una vida más corta. Además, un gato obeso que deja de comer por cualquier motivo tiene mucho más riesgo de desarrollar una lipidosis hepática, que puede ser mortal. Mantenerlo en su peso es probablemente lo más eficaz que puedes hacer por su salud a largo plazo.

De dónde salen los kilos. Casi siempre de lo mismo: un gato esterilizado de interior que gasta poca energía, un cuenco de pienso lleno a todas horas, premios y caprichos que no se cuentan, varias personas en casa que le dan de comer sin saberlo las demás y muy poco juego. A eso se suma que el gato pide comida por aburrimiento o por llamar la atención, y que darle algo es la forma más fácil de que deje de maullar a las seis de la mañana. Un comedero automático programado para esa hora, en vez de levantarte tú, corta ese aprendizaje.

Cómo adelgazarlo sin peligro. Primero, una visita al veterinario para descartar otras causas y fijar un peso objetivo y una ración concreta. Nunca lo dejes en ayunas ni reduzcas la comida de golpe: el adelgazamiento debe ser lento, en torno al uno por ciento del peso a la semana, para que el hígado no sufra. Pesa la ración con báscula, repártela en varias tomas o en juguetes dispensadores, cuenta los premios dentro de la ración diaria y añade sesiones de juego. Los alimentos específicos para control de peso ayudan a que coma un volumen razonable con menos calorías.

Pesarlo en casa. Un gato es fácil de pesar en casa: te pesas tú solo, después te pesas con el gato en brazos y restas. O usa una báscula de bebé, que es más precisa. Hazlo una vez al mes, a la misma hora, y apúntalo. Además de vigilar el sobrepeso, esa libreta sirve para lo contrario: perder peso sin dieta es una señal temprana de enfermedad renal, hipertiroidismo, diabetes o problemas dentales en gatos adultos y mayores, y medio kilo menos en un gato de cuatro no se ve mirándolo, pero en la báscula sí.

En resumen: Costillas que se notan sin apretar y una cintura ligera. Ración pesada, premios dentro de la cuenta y juego diario. Para adelgazar, despacio y con el veterinario, nunca en ayunas. Y pésalo cada mes: perder peso sin dieta también es una alarma.

15. La medicina que se hace antes de que pase nada

Vacunas, desparasitación, esterilización y una revisión al año. Es lo más barato de la salud de tu gato y lo que más disgustos evita, porque un gato disimula hasta el final.

Las vacunas que tocan. Hay un grupo esencial que se recomienda a todos los gatos, también a los que no salen: la panleucopenia felina y los dos virus principales del complejo respiratorio, herpesvirus y calicivirus, que suelen ir juntos en la llamada trivalente. La vacuna de la leucemia felina se recomienda a los gatitos y a los gatos que salen o conviven con otros que salen, tras un test que confirme que no la tienen. La primovacunación del gatito son varias dosis desde las ocho o nueve semanas hasta las dieciséis o más, con un refuerzo posterior. La antirrábica es obligatoria para gatos en algunas comunidades autónomas y siempre para viajar fuera de España. El veterinario decide el calendario según tu gato.

Parásitos, y un error que mata. Los parásitos internos se previenen con desparasitación periódica, más frecuente en gatitos y en gatos que salen o cazan, y más espaciada en un gato de interior, según lo que indique el veterinario. Los externos, pulgas y garrapatas, entran en casa en la ropa o con otro animal, así que un gato de interior también puede tenerlos. Usa siempre productos para gatos y del peso adecuado. Nunca le pongas una pipeta o un collar de perro: muchos llevan permetrina, que en gatos provoca temblores, convulsiones y puede matarlo, incluso por el simple contacto con un perro recién tratado.

La esterilización. La Ley 7/2023 obliga a esterilizar a los gatos antes de los seis meses, salvo los reproductores de criadores registrados, y en gatos los beneficios son claros. Una gata sin esterilizar puede entrar en celo cada dos o tres semanas durante la temporada, con maullidos intensos y escapadas, y tiene riesgo de piometra y de tumores mamarios, que en gatas son malignos en su mayoría; esterilizarla antes de los seis meses reduce mucho ese riesgo. En los machos, reduce el marcaje con orina, las peleas y las escapadas. La operación es rutinaria y la recuperación, de unos días. Después, cuidado con la ración.

La revisión anual y la boca. Una visita al año con exploración completa, y a partir de los siete u ocho años, analítica de sangre y orina y toma de tensión arterial; desde los diez, cada seis meses. Los gatos esconden el dolor y la enfermedad por instinto, y muchas enfermedades crónicas se detectan en una analítica antes de dar síntomas. La boca merece atención aparte: la enfermedad periodontal y las resorciones dentales, unas lesiones que destruyen el diente y son muy dolorosas, son muy frecuentes. Un gato con dolor de boca suele seguir comiendo, aunque de lado o tirando la comida.

Lo que puedes ver tú en casa. Tú lo ves todos los días y el veterinario una vez al año. Fíjate en cuánto come y bebe, en el tamaño y número de terrones del arenero, en el aspecto del pelo, en si se esconde más, se acicala menos o deja de subir a sitios altos. Aprende a mirarle la cara: existe una escala de muecas felina, validada por veterinarios, que reconoce el dolor en la posición de las orejas, los ojos entrecerrados, el hocico tenso y los bigotes rectos. Pásale la mano por el cuerpo buscando bultos y pésalo cada mes. Cualquier cambio que dure más de unos días merece una consulta.

En resumen: Vacunas esenciales y las que tu gato necesite, antiparasitarios solo de gato, nunca de perro, esterilización antes de los seis meses y una revisión al año, cada seis meses a partir de los diez. Y fíjate en los cambios pequeños: un gato no se queja.

16. Elegir veterinario y que la visita no sea un drama

Un gato estresado en la consulta esconde síntomas y se explora peor. Una clínica que sabe tratar gatos y un transportín al que esté acostumbrado cambian por completo la visita.

Qué buscar en una clínica. Más que la más cercana o la más barata, busca una clínica que trate muchos gatos y lo demuestre: una sala de espera separada de los perros o al menos una zona elevada para dejar el transportín, consultas tranquilas, personal que maneja al gato con calma, sin sujetarlo a la fuerza más de lo necesario, y que te explique lo que hace. Existe una acreditación internacional, la de Clínica Amiga de los Gatos de la Sociedad Internacional de Medicina Felina, con niveles bronce, plata y oro, y algunas clínicas españolas la tienen. No es imprescindible, pero es una buena pista.

Las urgencias, antes de necesitarlas. Pregunta en tu clínica qué hacen fuera de horario y localiza la urgencia veterinaria 24 horas más cercana, con su teléfono guardado en el móvil. Los problemas urinarios de los machos, las caídas, las intoxicaciones con lirios o paracetamol y la dificultad para respirar no esperan a la mañana siguiente. Una consulta de urgencias de noche o en festivo suele costar entre 80 y 150 € solo por ver al gato, antes de pruebas y tratamiento. Saberlo de antemano evita perder tiempo buscando a las tres de la madrugada.

El transportín, un aliado. La mayoría de los gatos odia el transportín porque solo lo ve para ir al veterinario. Déjalo abierto en casa todo el año, con una manta suya dentro, y dale ahí de vez en cuando un premio o la comida. Elige uno rígido que se abra también por arriba y cuya parte superior se pueda quitar: así el veterinario puede explorarlo dentro sin sacarlo a tirones. En el viaje, cúbrelo con una toalla, llévalo sujeto y no balanceándolo, y en la sala de espera ponlo en alto, lejos de los perros.

Si tu gato lo pasa muy mal. Hay gatos que llegan a la consulta tan asustados que es imposible explorarlos bien. En esos casos, coméntalo con tu veterinario: puede valorar una medicación previa para reducir la ansiedad, que se da en casa unas horas antes, pedir que se os atienda a primera hora o directamente sin esperar, o hacer algunas revisiones a domicilio. Nunca le des por tu cuenta un tranquilizante ni un medicamento de personas. Un gato menos estresado es más fácil de explorar, y la visita se convierte en algo que aguanta, no en un trauma que empeora cada vez.

Después de la visita. Cuando vuelves a casa con un gato y hay otro esperando, a veces el que se quedó bufa o ataca al que llega: huele a clínica y no lo reconoce. Para evitarlo, deja al recién llegado un rato en una habitación aparte, que se acicale y recupere su olor, y frota a los dos con la misma manta antes de juntarlos. Apunta lo que te han dicho, las vacunas que tocan y la próxima cita. Y pregunta lo que no entiendas en la consulta, no en un foro: un buen veterinario prefiere explicar dos veces a que se haga mal en casa.

En resumen: Una clínica que trate bien a los gatos, la urgencia 24 horas localizada, un transportín rígido que se abra por arriba y que viva abierto en casa, y nada de medicamentos por tu cuenta. Si tu gato lo pasa fatal, díselo al veterinario: hay opciones.

17. Persas, cara chata y razas con mutaciones

Persas, exóticos e himalayos de tipo extremo, Scottish Fold o Munchkin. Son gatos encantadores con problemas de salud que vienen de cómo se han seleccionado.

Qué pasa en una cara chata. En los persas, exóticos e himalayos de tipo más extremo el hocico se ha acortado tanto que la nariz queda casi a la altura de los ojos. Eso trae consecuencias: orificios nasales estrechos que dificultan respirar, sobre todo con calor o esfuerzo, lagrimeo constante porque los conductos que drenan las lágrimas están deformados, manchas y dermatitis en los pliegues de la cara, dientes apiñados y dificultad para coger la comida del cuenco. Es lo que los veterinarios llaman síndrome braquicefálico felino. No todos los persas lo sufren igual: los de tipo más tradicional, con algo de hocico, tienen muchos menos problemas.

Riñón y corazón. El persa y las razas emparentadas tienen además una enfermedad hereditaria, la poliquistosis renal, en la que se forman quistes en los riñones que acaban causando insuficiencia renal. Existe un test genético, y un criador serio solo cría con padres negativos y te enseña el resultado. Algunas de estas líneas también tienen más casos de cardiomiopatía hipertrófica, que se vigila con ecografía cardíaca. Antes de comprar un gatito de estas razas, pide los resultados de los dos padres por escrito; si el criador no los tiene o no quiere enseñarlos, ya tienes la respuesta.

El cuidado diario de un persa. Un persa no es un gato de poco mantenimiento. Su pelo largo y fino se enreda con facilidad y necesita cepillado diario; si se deja, se forman nudos pegados a la piel que duelen y a veces solo se quitan rapando en la peluquería. Hay que limpiarle a diario la zona de los ojos con una gasa húmeda para evitar irritaciones, vigilar la zona de la cola, donde se ensucia, y elegir un comedero plano y ancho que le permita comer sin hundir la cara. Con el calor, sombra, agua y un sitio fresco: le cuesta más refrigerarse respirando.

Orejas dobladas y patas cortas. El Scottish Fold tiene las orejas dobladas por una mutación que afecta al cartílago de todo el cuerpo, no solo al de las orejas. Todos los gatos con las orejas dobladas tienen en algún grado una alteración de huesos y articulaciones, la osteocondrodisplasia, que puede causar artrosis y dolor desde jóvenes; en algunos países se ha prohibido o restringido su cría. El Munchkin debe sus patas cortas a otra mutación, y en el Manx la falta de cola se asocia a malformaciones de la columna en algunos gatos. Son animales que merecen todo el cariño, pero conviene saber lo que hay detrás antes de buscar uno.

Si ya tienes uno o lo quieres. Si ya vive contigo, lo importante es una revisión veterinaria que valore su respiración, sus ojos, su boca, su riñón y su corazón, y un plan de cuidados a su medida. Un gato con orejas dobladas que se mueve poco o no salta quizá no es tranquilo: puede tener dolor, y la artrosis se trata. Si lo estás buscando, prioriza los ejemplares de tipo moderado, con hocico visible y orificios nasales abiertos, de criadores registrados con pruebas de salud. Y piensa en la adopción: muchas protectoras tienen persas y cruces de persa esperando, a menudo entregados porque no se podía con el cepillado.

En resumen: Si te gusta un persa o un exótico, elige uno de tipo moderado, con padres libres de poliquistosis renal y con hocico visible, y cuenta con cepillado y limpieza de ojos a diario. Las orejas dobladas siempre vienen con un problema de cartílago y articulaciones.

18. Lo que dice la ley sobre tu gato

La Ley 7/2023 de bienestar animal, en vigor desde el 29 de septiembre de 2023, obliga a identificar y esterilizar a los gatos y regula las colonias felinas. Tu comunidad y tu ayuntamiento añaden lo suyo.

Microchip y esterilización. La Ley 7/2023 de protección de los derechos y el bienestar de los animales obliga a identificar a los gatos con microchip y a inscribirlos en el registro correspondiente, y a esterilizarlos quirúrgicamente antes de los seis meses de edad, con una excepción: los reproductores inscritos a nombre de un criador registrado. El chip lo pone un veterinario y es la única forma fiable de que un gato perdido vuelva a casa; mantén actualizados tu teléfono y tu dirección en el registro de tu comunidad. Si te mudas a otra comunidad o el gato cambia de dueño, hay que comunicarlo.

Lo que está prohibido. La ley prohíbe, entre otras cosas, dejar a cualquier animal de compañía sin supervisión más de tres días seguidos, abandonarlo, maltratarlo y practicarle mutilaciones o modificaciones corporales permanentes, lo que incluye la desungulación; se exceptúan las necesidades veterinarias acreditadas y el pequeño corte en la oreja que identifica a los gatos de colonia esterilizados. También prohíbe vender gatos en tiendas de animales: solo pueden venderse por criadores registrados, y la cría

comercial sin estar inscrito está prohibida. Para adoptar o comprar, el gato tiene que estar identificado.

Las colonias felinas. Los gatos que viven en libertad vinculados a un lugar, que la ley llama gatos comunitarios, no se consideran abandonados y no pueden retirarse ni sacrificarse fuera de los casos previstos. Su gestión corresponde a los ayuntamientos mediante programas basados en el método CER, que son las siglas de captura, esterilización y retorno, con censo, control sanitario y cuidadores autorizados. Si quieres alimentar a los gatos de tu barrio, infórmate en tu ayuntamiento de cómo se hace allí y quién lo coordina: alimentar por tu cuenta, sin esterilizar ni limpiar, suele crear más gatos y más conflictos con los vecinos. Soltar a un gato propio en una colonia es abandono.

Multas, comunidades y ordenanzas. La ley estatal fija sanciones de 500 a 10.000 € para las infracciones leves, de 10.001 a 50.000 € para las graves y de 50.001 a 200.000 € para las muy graves, pero cada comunidad autónoma tiene además su propia ley de protección animal y muchos ayuntamientos, una ordenanza de tenencia de animales. Ahí se concretan el registro autonómico, si hay censo municipal, si la vacuna antirrábica es obligatoria para gatos en tu comunidad y las normas de las colonias. Algunas partes de la ley estatal están pendientes de desarrollo reglamentario, así que conviene consultar la normativa vigente de tu comunidad.

Lo que no te afecta por tener gato. Parte de lo que se ha contado sobre la ley se refiere solo a los perros: el curso de formación para los dueños, el seguro obligatorio de responsabilidad civil o el límite de 24 horas sin supervisión. Para los gatos, el plazo general es de tres días, aunque eso no significa que esté bien dejarlo solo tanto tiempo; la mayoría necesita que alguien pase al menos una vez al día. Un seguro de responsabilidad civil no es obligatorio para un gato, pero cuesta poco y cubre daños a terceros, por ejemplo si se cuele en casa del vecino y rompe algo.

En resumen: Microchip registrado a tu nombre, esterilización antes de los seis meses, nunca más de tres días sin supervisión y nada de mutilaciones. Las colonias son de gestión municipal con método CER. Consulta además la ley de tu comunidad y la ordenanza de tu ayuntamiento.

19. Viajar con gato, o no

A la mayoría de los gatos no les gusta viajar: su casa es su territorio. Cuando hay que hacerlo, un buen transportín y algo de preparación lo hacen llevadero.

Primero, la pregunta. Un perro suele preferir ir contigo a quedarse; un gato, casi siempre al revés. Para unas vacaciones de una o dos semanas, muchos gatos están mejor en casa con un cuidador que pase una o dos veces al día que en un coche, un hotel y un sitio desconocido. Viajar tiene sentido en una mudanza, en estancias largas o con gatos que ya están acostumbrados. Si decides llevarlo, prepáralo con semanas: transportín abierto en casa, viajes cortos en coche que acaben en algo bueno y, si se marea o se estresa mucho, consulta con el veterinario antes del viaje.

En coche. Siempre dentro de un transportín rígido, nunca suelto: un gato suelto se mete bajo los pedales o se escapa al abrir la puerta. El mejor sitio es el suelo detrás del asiento delantero o el asiento trasero con el

cinturón pasado por el asa o por la estructura del transportín. Cúbrelo con una tela ligera para que vea menos, no le des de comer en las horas previas para reducir el mareo y lleva agua. En viajes largos, haz paradas, pero no lo saques del coche; si hace falta, coloca un arenero pequeño dentro del coche con las puertas cerradas. En verano, ni un minuto dentro de un coche parado.

Tren, autobús y avión. En tren, Renfe admite animales pequeños, gatos incluidos, en transportín y con un límite de peso, en la mayoría de sus servicios; consulta las condiciones y si hay que comprar billete para él antes de viajar. En autobús depende de la compañía. En avión, lo habitual es que vaya en cabina, bajo el asiento delantero, en un transportín flexible y con un peso máximo que suele estar entre 8 y 10 kg contando el transportín, con un suplemento por trayecto y plazas limitadas por vuelo. Las condiciones cambian a menudo y de una compañía a otra: compruébalas al reservar, no el día del viaje.

Salir de España. Para viajar con un gato a otro país de la Unión Europea hace falta el pasaporte europeo para animales de compañía, que expide un veterinario autorizado, el microchip y la vacuna antirrábica en vigor. Tras la primera vacunación contra la rabia hay que esperar al menos 21 días antes de viajar. Fuera de la Unión Europea, incluido el Reino Unido, los requisitos son distintos y algunos países piden análisis de anticuerpos con meses de antelación o cuarentenas. Infórmate en la embajada o en la web oficial del país de destino con tiempo, no la semana antes.

En el destino. Pregunta antes si el alojamiento admite gatos: muchos sitios que aceptan perros no dicen nada de gatos. Al llegar, instálalo en una sola habitación con su arenero, su agua, su comida y su cama, y revisa ventanas, balcones y huecos antes de abrir el transportín: un gato asustado en un sitio nuevo busca escapar o esconderse en el rincón más inaccesible. Lleva su comida de siempre, su arena y algo que huela a casa. Un gato perdido lejos de su territorio es muy difícil de encontrar, así que el microchip con tu teléfono actualizado y una placa en un collar de seguridad son imprescindibles.

En resumen: Muchas veces el gato está mejor en casa con un cuidador. Si viaja, que vaya siempre en transportín, sujeto en el coche, con la compañía consultada antes de reservar y con pasaporte, chip y antirrábica para salir de España.

20. Cuando tu gato se hace mayor

A partir de los diez años un gato es mayor, y la vejez puede durar ocho o diez años más. Detectar a tiempo lo que cambia es lo que más calidad de vida le da.

Cuándo empieza a ser mayor. Las guías de etapas de vida felina consideran adulto maduro a un gato de siete a diez años y mayor a partir de los diez. Por fuera puede parecer igual: los gatos envejecen con discreción. Los primeros cambios son pequeños: duerme más, salta menos, se acicala peor y el pelo de la espalda se ve apelmazado, se vuelve más exigente con la comida o más pegajoso, o maúlla más, sobre todo de noche. Es fácil atribuirlo todo a la edad, pero muchos de esos cambios son síntomas de algo que se puede tratar.

Las enfermedades más frecuentes. La enfermedad renal crónica es muy común en los gatos mayores y

avanza en silencio durante años: se manifiesta con más sed, más orina, pérdida de peso y apetito irregular. El hipertiroidismo hace que coman mucho y adelgacen, estén inquietos y vomiten. La diabetes da sed, orina abundante y pérdida de peso. La hipertensión arterial puede dañar los ojos de forma repentina. Y la boca, con resorciones y enfermedad periodontal, causa un dolor que el gato soporta en silencio. Todas se detectan antes en una analítica de sangre y orina y una toma de tensión que en casa.

La artrosis que no se ve. La mayoría de los gatos de más de doce años tiene signos de artrosis en una radiografía, y casi ninguno cojea. Lo que se ve es otra cosa: deja de subir a la cama o al sofá, sube en dos tiempos, no salta a la ventana, hace pis o caca fuera porque entrar en un arenero alto le duele, se acicala menos o está más irritable cuando lo tocan. La artrosis tiene tratamiento para el dolor, que debe pautar el veterinario: nunca le des analgésicos de personas, el paracetamol es muy tóxico para los gatos y el ibuprofeno también puede hacerle mucho daño.

Una casa para un gato mayor. Pequeños cambios le facilitan mucho la vida. Un arenero de borde bajo o con una entrada recortada, en la misma planta en la que pasa el día. Rampas o escalones para llegar a su sitio favorito en el sofá o en la ventana. Camas blandas y calientes lejos de corrientes. Agua en varios puntos, una fuente si le gusta y más comida húmeda. Y cepillado suave si ya no se asea bien la espalda. El juego sigue siendo importante, pero más corto y más tranquilo: un gato mayor que juega cinco minutos se mantiene más ágil y más despierto.

Revisiones cada seis meses. A partir de los diez años, lo recomendable es una revisión cada seis meses con analítica de sangre y orina y medición de la tensión arterial, además de la exploración de la boca y el peso. Seis meses en la vida de un gato mayor equivalen a varios años en una persona, y una enfermedad renal detectada en una fase temprana se maneja con dieta y tratamiento durante años. Apunta en casa su peso cada mes, cuánto bebe y cualquier cambio de conducta, con la fecha. Esa libreta es la información más útil que vas a llevar a la consulta.

En resumen: Desde los diez años, revisión cada seis meses con analítica y tensión. Lo que parece vejez, como dormir más, saltar menos o beber más, suele ser algo que se puede tratar. Areneros bajos, rampas, calor y nunca analgésicos de personas.

21. La despedida

Llega el día en que el tratamiento ya no basta. Saber reconocerlo y prepararlo con el veterinario hace que el final sea tranquilo para tu gato y un poco más llevadero para ti.

Cómo saber que se acerca. Los gatos esconden el sufrimiento hasta muy tarde, y eso hace más difícil verlo. Algunas señales: deja de comer o come muy poco aunque le ofrezcas lo que más le gusta, se esconde y no busca compañía, deja de acicalarse, pierde peso y músculo, ya no usa el arenero, respira con dificultad o se queda encogido con la cabeza baja y los ojos entrecerrados. Una herramienta útil es puntuar su calidad de vida una vez por semana, por escrito: si come, si bebe, si tiene dolor, si se mueve, si se asea, si sigue interesado por lo que pasa en casa. La costumbre diaria nos ciega al deterioro lento.

Hablarlo con el veterinario antes. Es mucho mejor hablar del final con tu veterinario cuando todavía no ha llegado. Pregúntale qué señales debes vigilar en la enfermedad concreta de tu gato, qué opciones hay para controlar el dolor y qué se puede esperar. La eutanasia, cuando llega el momento, es un procedimiento tranquilo: primero se le seda profundamente para que se duerma, y después se administra el fármaco que detiene el corazón sin que se entere. Muchos veterinarios hacen eutanasias a domicilio, algo que muchos gatos agradecen porque se ahorran el transportín y la clínica.

Estar o no estar. Puedes quedarte con él hasta el final, acariciándolo y hablándole, o despedirte antes y esperar fuera. No hay una opción correcta. Hay quien necesita acompañar y quien no podría, y ambas son formas legítimas de querer. Si hay niños en casa, explícales lo que pasa con palabras sencillas y verdaderas; las fórmulas como «se ha ido de viaje» suelen confundir más. Si hay otros gatos, algunos dueños les dejan ver y oler el cuerpo; no hay pruebas firmes de que les ayude, pero tampoco les hace daño.

Después: lo práctico. Hay que decidir qué hacer con el cuerpo, y es mejor saberlo antes que elegirlo llorando en un mostrador. Las opciones habituales son la incineración colectiva o la individual con devolución de cenizas, y los precios varían según la zona y el servicio. Si vives en el campo, infórmate de lo que permite la normativa de tu comunidad antes de enterrarlo en un terreno propio. También hay que dar de baja el microchip en el registro de tu comunidad y, si tenía seguro, comunicarlo. Son trámites pequeños que ayudan a cerrar.

El duelo, que es real. Perder a un gato duele como duelen las pérdidas, y mucha gente lo vive con la sensación añadida de que no tiene derecho a estar así por un animal. Lo tiene: han sido quince o veinte años de rutinas compartidas, y la casa se queda en silencio. Si hay otros gatos, es posible que también cambien durante unas semanas: que coman menos, busquen al que falta o maúllen más; mantén sus rutinas y dales atención. No hay un plazo correcto para tener otro gato. Y si el duelo se hace muy largo o te impide seguir con tu vida, pedir ayuda profesional no es exagerar.

En resumen: Habla del final con tu veterinario antes de que llegue y puntúa su calidad de vida por escrito cada semana. La eutanasia bien hecha es tranquila, y puede hacerse en casa. El duelo por un gato es un duelo de verdad.

Contenido divulgativo de Michipedia. No sustituye el criterio de un veterinario ni de un especialista en comportamiento felino. Cada gato es un individuo.